

La comedora de pecados

NEFELIBATA



MEGAN CAMPISI

La comedora de pecados

Traducción de Juanjo Estrella



Duomo ediciones

Barcelona, 2021

A mis hermanas

NOTA DE LA AUTORA

Hasta hace aproximadamente un siglo, en ciertas zonas de Gran Bretaña existían personas que se dedicaban a «comer» pecados. Se desconoce casi por completo la identidad de esas personas y su número, y solo se sabe que se consideraban parias de la sociedad y que ingerían pedazos de pan junto a los féretros de los fallecidos para absolverlos de sus pecados, en un ritual de resonancias cristianas. La historia que he escrito parte de ese hecho pero se desarrolla a partir de la fantasía. Algunos de los personajes parecen guardar semejanza con figuras históricas, pero es una obra de ficción.

SELECCIÓN DE UN COMPENDIO
DE PECADOS DIVERSOS,
CAPITALES Y VENIALES,
Y DE SUS CORRESPONDIENTES
ALIMENTOS

	adulterio	uvas pasas
alumbramiento de un hijo bastardo		uvas
	infidelidad	chuleta de cordero
dejar ciego a alguien		pastel de sangre de cerdo
	sacrificio	hipocrás
provocar un incendio		pastel de riñones
	conspiración	natillas al coñac
	engaño	nata al vino
	profanación	mantecado
encubrimiento		natillas al jerez
	ebriedad	hipocrás
	envidia	nata
	crítica	pastel de anguila
	ociosidad	pepino encurtido
	incesto	ciruela pasa
falta de hospitalidad		ajo
	herejía	pastel de miel

mentira	semillas de mostaza
lujuria	escaramujo
tacañería	ajo
homicidio (en defensa propia)	corazón de conejo
homicidio (ira)	corazón de cerdo
incumplir un juramento	pan dulce
pecado original	pan
envenenamiento	pastel de pichón
discutir	pastel de menudillos
violación (de niñas)	cabeza de cordero con leche de oveja
violación (de mujeres)	cabeza de capón
cobardía	lengua de bovino
venganza	morcilla
sacrilegio	pan de jengibre
difamación	carne de cuervo con ciruelas
espionaje	tarta de sesos de gallo
propagación de rumores	pez golondrina o perlón estofado
robo	pichón asado
traición	filete
vagabundeo	gachas
brujería	granada
ira	cartilago

ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA REAL

- REY HAROLDO II ∞ Constanza de Castilla
—hija: Maris
- ∞ Alys Bolings
—hija: Betania
- ∞ Jenette Cheney
- ∞ Clelia de Berg
- ∞ Helen Culpeper
- ∞ Catalina Parr
|
(∞ Titus Seymour
—hija: Miranda)

ANTES

GACHAS DE AVENA

S al para el orgullo. Semillas de mostaza para las mentiras. Centeno para las maldiciones. Y también hay unas uvas, unas uvas rojas y lustrosas dispuestas sobre el ataúd de pino. Una de ellas está rajada, y asoma la semilla granate a través de la piel, como una astilla clavada en la carne. Y hay cuervo estofado con ciruelas, y una hogaza de pan casero, pequeño, con forma de bobina. «¿Por qué un pan con esa forma? —pienso yo—. ¿Y por qué tan pequeño?». Han dispuesto, además, otros alimentos, aunque no muchos. Mi madre había pecado poco. Era como una raposa, que huía del más mínimo rastro de peligro con ojos temerosos y pasos amortiguados. Que atacaba solo cuando estaba segura de su victoria. La sal, las semillas de mostaza y los granos de centeno son los únicos alimentos cuyos pecados conozco. Corresponden a faltas infantiles, esas por las que te regañan los padres bondadosos, por las que los niños cantan coplillas en las calles:

Juanito Picón
se sentó en su rincón
a comerse un roscón.
Se lo acabó, goloso

porque era un tramposo,
 y al terminarlo dijo:
 «¡Pero qué bueno soy!».

A continuación entra la comedora de pecados, una mujer de barriga inmensa que se arrastra hasta la habitación delantera, donde han depositado el sencillo ataúd de tablones lisos, recién cortados, con los remaches clavados pero no hundidos del todo. La mujer huele a cebollas tiernas, que ya han empezado a brotar a pesar de que falta un mes para el primero de mayo. A mí me avergüenza que mi camita esté ahí mismo, en un rincón, que nuestra casa sea tan humilde, tanto que yo no tengo un cuarto propio. La comedora de pecados quiere sentarse y Bessie, nuestra vecina, le trae un taburete, que desaparece al momento bajo sus faldones. Yo imagino que sus nalgas se lo tragan entero. Se me escapa una carcajada y me cubro la boca con las manos.

Bessie me lleva hasta la ventana.

—Tú no tienes que mirar —me susurra al oído. Sigue arras-trándome y oye que yo cojo aire para replicar algo, porque sabe que soy igualita que mi madre—. La comedora de pecados camina entre nosotras. Sin ser vista, sin ser oída —dice.

—Pero yo la estoy viendo —replico entre dientes.

—Sin ser vista. Sin ser oída —repite ella mandándome callar.

He oído decir que las comedoras de pecados tienen una marca en la lengua, pero esta no ha abierto la boca.

Bessie vuelve a dirigirse a mí:

—Los pecados de nuestra carne se convierten en sus pecados cuando come, alabada sea por ello. Tu madre ascende-

rá derecha a los cielos, May. No quedará ni un solo pecado en ella que la retenga.

Yo regreso junto a mi padre. Su cara parece una sábana sucia que aguarda con el resto de la colada, llena de unas arrugas que no desaparecen.

—Yo te lavaré la cara —le susurro—. Te la tenderé en el tendedero.

Padre me mira como me mira siempre cuando digo algo que no parece conveniente. Se le ilumina mucho la cara, como si acabara de darle una gran noticia.

—¿Qué vamos a hacer contigo?

Uvas, rojas y lustrosas. Una hogaza de pan con forma de bobina. Cuervo estofado. Esas cosas se pegan a mi mente como las gachas al gaznate.